

8 subrayados subrayados

En primera persona. Testimonios desde la utopía

Marisa González de Oleaga (ed.), *Ned Ediciones*. Barcelona, 2013, 333 pp., 22,90 €

Vivimos tiempos de indignación y de rebelión frente a un mundo lleno de injusticias y a la deriva, pero no por ello debemos renunciar a seguir reivindicando otros mundos posibles, esa “capacidad para imaginar realidades alternativas” que nos proponía Ernst Bloch. Esta obra colectiva es un buen argumento a favor y en diálogo con esa tarea, ya que encontramos en ella un recordatorio “*en primera persona*” de experiencias en distintas partes del planeta que, aun con sus limitaciones, nos dicen: “*he visto un futuro mejor y funciona*”. A través de sus páginas vemos transitar 15 relatos, entre ellos: la historia de Nelia Bursuk y una colonia libertaria en el Chaco argentino, el proyecto panafricanista de Marcus Garvey, una cooperativa integral en Montevideo, una colonia galesa en la Patagonia, la esperanza y la decepción en torno a un kibutz israelí, la memoria vida de un maestro amigo de los indígenas en la Pampa, los momentos soñados en la vida de Elena o la anécdota de la maleta de Agustí Centelles. Todas ellas acompañadas por reflexiones como las de Fernando Aínsa (con su recorrido histórico entre la utopía y el desencanto), las de Federico Randazzo (la utopía como “*incomodidad permanente con el orden de las cosas*”) o las de la coordinadora de la obra. Esta última nos ofrece unas consideraciones críticas sobre esos “*almacenes culturales*” que son los museos – y la función que

han tenido y tienen la gran mayoría de ellos en la construcción nacional pero también en la legitimación de la dominación colonial- para proponer repensarlos como una superposición de espacios en la que quepa también el de “*la fluidificación de la memoria*” y la ensoñación.

La originalidad de esta obra está, como se puede adivinar, en la riqueza de la transmisión oral de las vivencias que se van sucediendo en torno a esos laboratorios de utopía, ayudando así a mantener el hilo entre el pasado, el presente y el futuro, sin por ello ocultar problemas y también fracasos que los relegaron injustamente muchas veces al olvido en la historia escrita. Publicaciones como esta llegan en un momento en el que una parte al menos de la nueva generación rebelde, convencida de la necesidad de prefigurar ya hoy esos “*otros mundos posibles*”, muestra un creciente interés por nuevas pero también viejas experiencias, como las de las colectivizaciones que emergieron a partir de julio del 36 en Catalunya, Aragón o Andalucía. Por eso vienen bien los relatos de todas ellas para repensar, “*en primera persona*”, la relación que deberíamos mantener entre la lucha por cambiar en nuestra vida cotidiana, aquí y ahora, y las de mayor alcance en otras escalas dentro de un horizonte común a favor de una ruptura civilizatoria y global cada vez más urgente. Cuestión esta que en realidad no es ajena al

también viejo debate entre marxismo y anarquismo, como en distintas ocasiones nos recuerdan los autores de

este esfuerzo colectivo, y que hoy deberíamos mirar con otros ojos.

Jaime Pastor

Y se llamaban Mahumd y Ayaz

José Manuel Lucía Megías. *Amargord*. 2012, 96 pp. 10 €

El 11 de julio de 2005, dos adolescentes iraníes fueron ahorcados en una plaza, tras recibir 228 latigazos, por mantener relaciones homosexuales. Según Homan, la organización iraní de derechos de los homosexuales, desde 1979 (cuando triunfó la Revolución Islámica), el Estado ha condenado a muerte a cerca de cuatro mil homosexuales.

Este potente poemario arranca desde esa denuncia, y gira constantemente en torno a ese asesinato concreto. Así, se van sucediendo poemas breves, que parten desde el testimonio pero que incorporan una perspectiva lírica, emocional. José Manuel Lucía Megías sabe emplear y explorar desde distintos enfoques esos desoladores acontecimientos, hasta lograr una obra conmovedora.

Formalmente, el libro se construye con la yuxtaposición de seis voces no distinguidas explícitamente, y que se diferencian por la perspectiva más que por el cambio de registro. Así, además del relato, de la crónica, se abordan el sentimiento amoroso y la pérdida, enunciados desde la interiorización, no con un enfoque documental. De esta manera, manifiesta la ocultación del amor; la angustia por no poder expresar ese deseo, esa pasión. También se adentra en el futuro amputado, en los proyectos que ya no podrán ser cumplidos.

La obra quiere ser una lucha contra el olvido, una reivindicación de la memoria. Por eso se insiste en recuperar sus nombres (desde el título) y su edad, repitiéndolos constantemente a lo largo de todo el volumen. Igualmente, se insiste en la causa de la ejecución: “*Morir por amarnos*”. Por un lado, esto pone de manifiesto una con-

frontación constante entre pulsiones y, por otro, remarca la sinrazón. Otra oposición paradójica reiterativa: “¿*Por qué aceptar que nuestra habitación es la cárcel donde podemos vivir libres?*”. Las consecuencias públicas de esas conductas personales se muestran como resultado de una política represiva condicionada por la aplicación de una moral sumamente intransigente.

A su vez, el autor realiza una condena constante de nuestra complicidad al no denunciar estos hechos: “*Fue necesario nuestro silencio*”, se reitera en varias piezas, donde el *nuestro* puede entenderse como una apelación a diversos colectivos sociales de distintos contextos. Y es que el poeta no duda en señalar que esa complicidad viene dada por intereses geopolíticos, que hacen que la economía prime sobre la defensa de los derechos humanos. De hecho, finalmente puede interpretarse la obra como una condena de la pena de muerte en general.

El volumen está fuertemente cohesionado. No solo temáticamente, sino en el registro y también a nivel formal, a través de un gran número de estructuras paralelísticas y el conjunto de oraciones que se repiten en los distintos poemas, y que responden a las sucesivas y entrecruzadas voces. Así, se remarca la denuncia, pero sin agotar las lecturas.

En definitiva, se trata de un hermosísimo canto contra la homofobia; un doloroso homenaje a quienes deciden no silenciar su amor a pesar de las imposiciones.

Alberto García-Teresa

Qué hacemos por otra cultura energética

Manuel Garí (coord.). Akal. Madrid, 2013. 80 pp. 4,95 €

¿De qué hablamos cuando hablamos de energía?

Uno de los efectos de la crisis es que ha propiciado proyectos colectivos para salir de ella, tanto en el plano teórico como práctico. Con esta idea nació *Qué hacemos*, una colección de la editorial Akal que trata de abrir “la reflexión colectiva, crear nuevas redes, espacios de encuentro”. No solo para responder a los retos actuales, sino también para “recuperar la iniciativa”.

Como el resto de los libros de la colección, *Qué hacemos por otra cultura energética* también es una obra colectiva e interdisciplinar en la que han participado economistas (Manuel Garí), sociólogos (Javier García Breva), licenciados en Ciencias Ambientales (Begoña María-Tomé) e ingenieros (Jorge Morales). Todos ellos con una dilatada experiencia en la defensa, tanto teórica como práctica, de un modelo energético alternativo y sostenible.

En apenas ochenta páginas, el libro aborda el papel de la energía en la sociedad, el cambio climático y sus consecuencias, la amenaza nuclear, el panorama de las renovables, la situación en España, el empleo que podría generarse con otro modelo y, por supuesto, las alternativas, que existen y son más baratas. Los autores aportan los datos para demostrarlo.

Aunque *Qué hacemos por otra cultura energética* debería ser de obligada lectura para quienes deseen entender de qué hablamos cuando hablamos de energía, destacaría el capítulo dedicado al mercado eléctrico español, incomprensible para la mayoría de los mortales y en cuyo nombre se adoptan medidas regresivas para los

ciudadanos, la economía y el medio ambiente.

La lectura de *Qué hacemos por otra cultura energética* cobra más sentido aún después de la última reforma del sector eléctrico perpetrada por el ministro de Industria, José Manuel Soria. Para solventar el llamado déficit de tarifa (creado por Aznar para compensar a las eléctricas de la liberalización del sector), el ministro pega un tajo a las renovables, penaliza a los consumidores y mutila el autoconsumo eléctrico, un recurso que nos veda el Gobierno y que habría servido para democratizar la energía.

En el capítulo final del libro, *Hacia una nueva cultura energética*, explican los autores: “La nueva cultura energética requiere de profundos cambios en el modo de consumir y usar la energía por parte de la ciudadanía, pero la cuestión fundamental es modificar la estructura de la oferta. Ello significa el impulso de fuentes de energía y tecnología limpias, la consecución del acceso universal e igualitario y la implantación de un modelo energético democrático”.

El cambio climático ya está aquí y sus efectos en las próximas décadas pueden ser imprevisibles y dolorosos –sobre todo para las poblaciones más vulnerables– si no hacemos algo para remediarlo. La crisis económica ha relegado aún más de la agenda internacional la adopción de medidas que nos coloquen en la senda de otro modelo energético, de otra cultura. Nos queda poco tiempo para remediarlo, pero ya nos advirtió hace tiempo Thoreau que perdemos la vida en los detalles.

Javier Morales

Papel mojado. Reality news. Informe Mongolia. Madrid, Debate, 2013. 120 pp.

En la abundante cosecha de nuevos medios, en papel y en Internet, que se ha producido en los últimos meses, *Mongolia* es el que ha tenido mayor y merecido éxito (lamentablemente, lo ensucian de vez en cuando con la publicación de ocurrencias de machismo cuartelero que harían partirse de risa al alcalde de Valladolid, Toni Cantó y gente de ese pelaje; pero esos no leen la revista, mientras que una parte de quienes sí la leemos pasamos por esas notas tapándonos la nariz). Pese a todo, me parece la mejor novedad que ha llegado a los kioscos... desde la salida de *Público*.

Lo que va de *Público* (primer número el 26/09/2007; víctima de cierre patronal el 24/02/2012) a *Mongolia* (cuyo primer número se publicó justo un mes después del cierre de *Público*, y que no podrá ser víctima de cierre patronal porque no tiene patrón) puede considerarse un buen símbolo de la crisis actual del periodismo español desde el punto de vista de la trayectoria de las publicaciones vinculadas a la izquierda, con más o menos merecimientos.

Mongolia tiene una sección "Reality news" dedicada al periodismo de investigación y uno de sus temas preferidos es la crítica de los grandes grupos mediáticos. El libro que comentamos, *Papel mojado* (bonito nombre, que coincide por cierto con el del colectivo promotor de la librería La Marabunta), recoge esos informes, junto con algunos nuevos capítulos y una introducción de Pere Rusiñol, que fue director adjunto de *Público* y forma parte ahora del equipo de *Mongolia* y de *Alternativas Económicas*. Aunque se incluyen en el libro capítulos sobre *La Vanguardia* y *El Mundo*, los textos más extensos, documentados e interesantes son los que se refieren a *El País* y a *Público*.

El País se muestra en estos informes como un producto de la sumisión de la "prensa de calidad" al poder financiero, por medio de la confluencia entre la incorporación a ese poder de sus propietarios y su élite periodística, que se encargan de abrirles de par en par la puerta a los grandes fondos de inversión de capital riesgo, es decir la élite financiera, que es finalmente quien asume el mando. El resultado es un periódico cada vez peor, que se ojea como si fuera una de esas revistas que se amontonan en las salas de espera de los dentistas. Y pese a todo, sigue siendo el "periódico-agenda" sobre la actualidad, por sí mismo y por sus sinergias con la SER. Así sobrevive, más por rutina y porque los demás medios escritos son aún peores, que por el aprecio de sus lectores. La caída del imperio PRISA, tantas veces anunciada en los últimos años, solo se ha producido en cuanto a la calidad de sus medios, y mucho más intensamente en prensa escrita que en radio. Aquí sigue teniendo buen material de trabajo el equipo de investigación de *Mongolia*.

Son aún más interesantes los textos sobre *Público*, que los autores del libro conocen de primera mano. Hay que recordar con nostalgia la ilusión que el nuevo diario despertó; muchos creíamos que la gente de izquierda íbamos a poder comprar cada mañana un periódico en el que se podría mantener un razonable nivel de confianza y que nos fuera liberando de la maldita adicción a *El País*. Al cabo de algún tiempo ya nos conformábamos con que el periódico consiguiera sobrevivir. Señalo este aspecto, porque una de las debilidades de *Público* fue que tuvo muchos menos lectores de los que necesitaba y merecía: la desidia de la

ciudadanía “progresista” en defender, y por tanto en comprar, los medios con los que se siente más identificada es una amenaza mortal sobre cualquier proyecto de prensa decente. Si *Público* hubiera alcanzado la difusión de, pongamos, *El Periódico*, unos 130.000 ejemplares, a sus propietarios les habría costado mucho cerrarlo, aunque les interesara políticamente y siguiera sin ser un buen negocio.

Señalado este problema, *Mongolia* ha mostrado de una manera muy bien documentada y convincente (salvo que se presenten otros datos documentados que cuestionen los suyos) que *Público* como medio escrito fue ejecutado por sus propietarios, utilizando todos los medios que tiene a su alcance una gran empresa privada, con idéntica impunidad y falta de escrúpulos: el Grupo Planeta, o Mediaset, pongamos por caso de grupos multimedia de la derecha, no lo habrían hecho ni mejor, ni peor; lo habrían hecho igual, recurriendo a los mismos gabinetes jurídicos especializados en martillar la explotación de los trabajadores más vulnerables, aplicando las leyes laborales vigentes que, por otra parte, fueron duramente criticadas desde las páginas de *Público*; todavía en el número de julio-agosto de *Mongolia* se informa que la empresa editora de *Público* “adeuda” 700.000 euros a 130 trabajadores despedidos.

Según *Mongolia*, *Público* fue cerrado cuando empezaba a tener perspectivas de rentabilidad y las razones del cierre tuvieron con ver con los intereses empresariales globales del grupo Mediapro en la nueva situación política abierta por la victoria del PP. Los intereses empresariales me parecen más convincentes que esas perspectivas de rentabilidad que *Mongolia* vincula con nuevas fuentes de financiación en las que no resulta fácil creer.

En todo caso, el problema de fondo es si es viable un diario progresista en papel, propiedad de un grupo de negocios multimedia, cualquiera que sean las ideas políticas que sus dirigentes manifiesten. La experiencia de *Público* prueba que no lo es.

Así, los kioscos están monopolizados por la prensa convencional. Lo cual me parece un problema gravísimo para la izquierda, cuya autonomía informativa no puede lograrse solamente en Internet. Donde, por cierto, se da la paradoja de que entre las web que han surgido de *Público*, la más interesante me parece precisamente *publico.es*, más por demérito de las demás que por mérito de quienes ahora hacen un aceptable periódico digital bajo una cabecera adquirida por procedimientos que los informes de *Mongolia* critican duramente, con buenos argumentos.

Miguel Romero